

ESCRITORES ISLEÑOS

SILUETAS

POR

ILDEFONSO MAFFIOTTE



LIBRERIA HESPERIDES.—(CANARIAS)
Santa Cruz de Tenerife

Ildefonso Maffiotte

¿Quién te enseñó, poeta de la prosa,
ese lenguaje mágico y sonoro,
todo luz y color, do esplende el oro
de una imaginación rica y fogosa?

Con pluma cada vez más primorosa
das a la frase artístico decoro.
¡Oh, la forma del arte!... Yo la adoro,
tú la conviertes en esclava hermosa.

En tus escritos hay tanta riqueza
de galas de expresión, que en la florida
edad la gloria a sonreírte empieza.

¡Bien mereces la fama apetecida
porque sabes hacer de la belleza
el ideal supremo de la vida!

Antonio Zerofo

RAFAEL ROMERO

En la paz de su espíritu, sereno y romántico como el mar, pero cercado por el abrazo de piedra de todas las pequeñeces y todos los deberes y todos los dolores, Rafael Romero ha escrito versos. Ha escrito más que versos: Poesía.

Nadie, como no logre con ávidos ojos ahondar en el alma múltiple y milagrosa de los poetas, sabe cuánta angustia y cuánto dolor secretos alumbran la divina luz que arde perennemente en su arcano. Son estas almas como templos milenarios del Oriente benéfico y encantado, donde una mística luz prendida al fuego del amor, alumbra el sacrificio de los seres o de los sentimientos inmolados por el Arte.

¡El Arte, la deidad fatal y divina, la suprema aspiración, trasunto del Todo eterno!... Nuestras artes, aquí, son la emanación de la belleza terrena que se eleva como un incienso musical hasta la infinita diafanidad

celeste. Y arriba, en la impavidez azul, el Arte perfecto esplende, unas veces con la majestad triunfadora y fuerte del padre Sol; otras con el tímido temblor de la hermana Estrella..., y a veces, esta estrella se envuelve castamente en la púdica vaporosidad de una nube.

Tal es el arte de Rafael: Místico, luminoso y bueno, envuelto en un blanco velario celestial. Un arte íntimo, recogido en tibias zonas de penumbra de una rara armonía interior. Semeja una vasta noche de inquietantes estrellas magníficas y lejanas, luceros desconocidos, de un mágico esplendor verde... Entre ellas y los torpes ojos mortales, se extiende el velo purísimo que las recata de la profanación.

Romero es un poeta sugerente, de expresión ambigua y comprensión inmensa. En sus obras hay infinitamente más de lo que dicen; hay lo que sugieren, lo que inspiran, lo que amablemente insinúan y prenden en el corazón. Son claros diamantes estelares revestidos de vagos ropajes etéreos.

En ellas, como en el inmortalizado poema de Milton—el buen viejo que miró la vida sin los ojos, y pudo soñar por eso con ser el primer poeta de Dios y del pueblo—hay serenas

lejanías emanadas del sonoro ritmo de las palabras; horizontes vastísimos e inmutables que dan la sensación del mar cuando en la playa se anhelan otras luminosas riberas ignoradas.

De cada una de sus poesías, a veces de cada uno de sus versos, diríase que parten hacia el infinito calladas caravanas de ideas y de sentimientos nuevos, que no están contenidos en lo que expresa, sino que allí nacen y se elevan en silencio buscando la pureza invisible lejos.

De cada verso pudiera salir un libro.

Es su arte como el de los magos hacedores de la música—Beethoven, Wagner—, los que en cada «motivo» supieron legar un secreto sonoro que luego se torna en raudales de armonía al besar la inspiración de otros hombres.

...

Tiene, además, este soberano «Don Alonso Quesada», una sana melancolía, dulce y buena, y a la vez una ironía singular. En esto recuerda a Heiné, el magnífico poeta de Germania, a quien tanto amó la armoniosa y dolorida Isabel de Wittelsbach, emperatriz de Austria y reina de Hungría.

Es la suya una ironía rebelde y a un tiem-

po infantil, con esa infantilidad «inconsciente» que hay en toda su persona y en su arte. Ello es causa de que su poesía, a veces, aparezca aromada de gracia y de pueril candor.

Pudiera comparársela entonces con esas neñas preciosas como joyas, llenas de claro hêchizo juvenil, inocentes, impúberes, sin malicia, que apenas insinúan con la precocidad de una línea muscular, el milagro que han de obrar sus cuerpos finos para alcanzar la edad núbil, de pleno desarrollo de su vitalidad todavía constreñida en el sagrado vaso de sus carnes nuevas, por las que aún no ha corrido, con un temblor continuado, el soplo ardiente del deseo.

Esas neñas que luego han de ser mujeres, y serán entonces santas y bien amadas; no tanto por ser hembras, como por ser madres, en cuyos vientres fecundos está el crisol de las generaciones futuras, la raíz de los hombres nuevos que han de nacer con una misión cristiana para el mundo, y que han de traer la paz, y han de amarse, estrechamente, como hermanos.

Serán entonces benditas, exaltadas hacia la Divinidad Sin Forma... Pero la Belleza, la Belleza que es forma y es línea y color; que es juventud y es gracia y frescura y sutiles

sonrisas inocentes..., la Belleza es para aquellas nenas pulidas y preciosas como joyas...y la Belleza es para esa poesía joven, candorosa y buena de Rafael.

Busca la inspiración este poeta en fuentes inagotables y eternas: en la Noche y en el Mar...

Hermano: El buen maestro de los muchachos de ahora, que sabe perdonar y querer porque es poeta, D. Antonio Zerolo, te ha dicho:

...Poeta que has tejido
el lino de los sueños con ático primor,
descansa en el regazo de la ciudad vetusta
por cuyas anchas calles vaga una sombra au-
(gusta.
¡Acaso a bendecirnos viene el Conquistador!

Pero este conquistador que yo presiento, hermano, no viene cubierto de hierro ni blandiendo de tizona. Llega del Mar, llega de la Noche, con las nobles manos abiertas y extendidas, y desnudo como un soberbio dios heleno. Es «el dominador, el fuerte», el conquistador del Imperio Azul, el conquistador de la Gloria, que te va a llevar por el Sendero.

Y si tarda, ya lo sabes: en tu libro hay

una perla escondida que uniste a las tuyas,
aquella del grande y humilde Antonio Macha-
do:

Sabe esperar, aguarda que la marea fluya
—así en la costa un barco—sin que el partir
(te inquiete;
todo el que aguarda sabe que la victoria es
(suya,
porqué la vida es larga y el arte es un juego
(te.

Y si la vida es corta
y no llega el mar a tu galera,
aguarda sin partir y siempre espera,
que el arte es largo, y además no importa.

Sigue tejiendo, desde aquí, desde la tierra,
tus claros sueños que son lino de oro, en la
rueca de plata de la Luna...

De la Tierra, tienden las artes hacia un in-
finito ideal de Belleza, como las religiones
tienden a Dios. Unas y otras ascienden por
la invisible escala del ensueño hacia las pu-
rezas siderales. Y arriba, el Dios y la Belle-
za son el divino vértice de ese gran cono lumi-
noso que en su ascensión perennal a lo infi-
nito, forman las religiones y las artes.

¡ARRIBA, buen hermano Rafael!

JUAN BOTAS

Cuando del vago livor de aquella penumbra austera, fría y mortalmente triste, donde mil sombras alucinantes danzaban en aquella rre infernal y multiforme, surgió el fantasma drepanóforo de la muerte, el artista supo dispensarle una amarga sonrisa de resignación y reconocimiento. Y en un gárrulo desfile, luego, rápido y escintilante como en el vértigo de un zootropo, pasó ante sus ojos desorbitados toda la heterogénea caravana de los recuerdos: Su primera juventud en el fondo ignorado de la isla, donde pugnaba como un pájaro prisionero por libertarse y volar; sus férvidas ansias de cultura, humilladas por la crítica socarrona y onocéfala del paisanaje; aquella falta de comunión espiritual—tan necesaria para su pobre alma soñadora y huérfana—; aquella cruel persecución de los apóstatas y los impotentes, que miden a la humanidad por ellos mismos y le acorralaban con los envenenados dardos de sus burlas y em-

ponzoñaban el ambiente con el eco de sus apostasias y su decrecimiento; todo aquel gran dolor, aquel sufrir intenso que sangraba silenciosamente en su corazón, y que terminó por encender en sus labios aquella mordiente dicacidad, aquel continuo afán de zaherir con apotegmas sutiles y desconcertantes...

Más tarde, los albores de un posible triunfo, cuando el Ayuntamiento provinciano, antes por favor político que por amor al arte o público reconocimiento de méritos inconcusos, le otorgó la ansiada pensión libertadora...; sus viajes por todos los mares y bajo todos los cielos, en mil perspectivas diferentes, siguiendo la estela invisible de una quimera; aquella peregrinación religiosa por los augustos santuarios del arte en sus múltiples hipóstasis eternas: París, Venecia, Roma... Y por último, aquel trágico fracaso de sus sueños en la realidad, aquel naufragio infinito de sus ansias, cuando la tisis,—ese romántico disfraz de la muerte—se adueñó de su cuerpo, exigiéndole el callado retorno sin porvenir y sin gloria; el doliente retorno sobre los mismos mares, más amargos entonces; bajo los mismos cielos, más foscos e inexcrutables que nunca. La vuelta desde las tierras lejanas de

promisión, como un águila herida buscando el refugio de su nido en estas rocas atlántidas, para morir.

Frutos tempranos de su vida luminosa, cruenta y fugaz como un rayo—de la que sólo pudimos entrever breves relámpagos prometedores—son aquellos gráciles dibujos, aquellos óleos austeros, aquellas manchas riquísimas de color, aquellos graciosos apuntes—todas las bellas cosas amadas—, que después contemplamos con íntima amargura en una caótica tendalera con honores de exposición...

Cuando el artista, postrado exangüe, hubo reconocido la muerte, fiel a la cita que le había dado, su voz lenta y velada comenzó una salmodia en despedida: —Adiós a la amistad, fiel y misericordiosa en los últimos momentos: adiós a la sufrida esposa y a la mujer santa que le dió al mundo; adiós a la vida, que le dejaba, que le besaba por última vez...

Tan sólo para sus lienzos sombríos, bañados en medias tintas crepusculares— «los paisajes son un estado del alma»—, para sus apuntes y dibujos llenos de ligereza y gracia—las bellas cosas amadas—, no tuvo palabras su despedida. Aquello era una prolongación tibia y palpitante de su ser, era alma de su alma y tierra de su carne; era cuanto había amado

y sentido: creaciones de su mente, dilataciones de su espíritu; partos dolorosos que habían desgarrado su cerebro; hijos pulidos y pródigos más tarde, para embargar su emoción y calmar su sed inextinguible de belleza y de amor... De aquello no podía, no quería despedirse el moribundo...

Haber creado, sentir las sangrantes angustias de una gravidez mental que se resuelve en bellas obras imperecederas; ese amor infinito y ese nobilísimo orgullo que ponemos en cada uno de los hijos espirituales; ese recuerdo adorable de los íntimos dolores, cuando ya vive y palpita el ser de nuestro ser, y le podemos contemplar y besar y estrechar en el pecho, y nos enloquece y nos embriaga, y nos torna sublimes y nos eleva hasta Dios...; todo eso inefable, incomensurable, que sólo conocen los artistas y las madres; todo eso que estrangulaba las palabras y rompía los sollozos en la garganta del moribundo, era su más grande pena, la única, la inmensa pena de su corazón.

Pero la muerte se impacientaba... El artista abandonó sus pálidas manos creadoras entre las frías manos del fantasma, cerró los ojos y se dejó guiar. Su cuerpo, lapidado por todos los dolores, duerme el sueño de la po-

dre generosa y renovadora, en el seno inces-
toso de la tierra, nuestra madre. Le cubre el
dombo azul infinito, y le velan los amigos
cipreces orantes.

Los hermanitos gusanos platican con él.

En tanto, sus obras, sus bellas obras ama-
das, lo que no tiene precio, porque es su al-
ma y su genio, prolongación de su vida, su
vida misma perdurable entre nosotros, des-
aparecieron vendidas a precios irrisorios en
aquella tendalera con honores de exposición...

Una mancha exquisita, un apunte primoro-
so donde alienta su arte y se revela aquel ta-
lento nervioso, lleno de atrevidas impacien-
cias y tenues matices, ¡diez reales!... Otras
cosas a medio hacer, ejercicios rápidos y sin
fortuna, en los que la recta intención desgari-
tó lamentablemente; lo íntimo y esotérico
de todo arte: esas, por ser «más grandes»,
¡casi un metro cuadrado de lienzo!, alcan-
zaron los precios más altos...

¡Oh, si el artista que envolvió con una
postrer mirada de amargura aquellos obje-
tos tan queridos, al partir, los viese ahora!...
¡Qué angustia no poderlos defender y resca-
tar: hurtarlos a las miradas profanas de las
gentes; llevarlos consigo al espacio o a la
tierra! ¡Todo, antes que aquellos pedazos

de vida, tibios aún por el contacto de su mano y el calor de su mente, naufraguen en el fangal de la estulta burguesía, por diez reales!

¡Pobre hermano artista: descansa y olvida!... «¡Hermano nuestro que estás en la tierra»: sea contigo la paz!

Ahora tus obras, la prolongación de tu ser, los cálidos pedazos de tu alma, seguirán entre nosotros la ruta fatal de tu destino: incomprendidos y olvidados, morirán también en cualquier rincón obscuro y miserable, ausentes de la divina gloria soñada...

TOMAS MORALES

Aunque seguíamos, un día tras otro, por cartas y telegramas particulares, el curso de su gravísima enfermedad, nunca pudimos aceptar la idea de que, en plena juventud y dominio absoluto de su vigor intelectual y físico, desapareciera de la vida uno de los más completos e inspirados poetas contemporáneos.

Tomás Morales puede considerarse, sin temor a parangones depresivos ni comparaciones odiosas, como un soberano cantor, como un lírico soberbio, admirablemente orientado a la moderna y dueño absoluto de la expresión rotunda y suave a la vez, que embarga los sentidos y suspende el ánimo. Su obra, corta por la extensión, pero inmensa, si atendemos al contenido ideológico y al vuelo lírico que la informa, es la prueba palmaria y anonadante de su espíritu de selección y de su desbordante fantasía de poeta. Y en algunas de sus composiciones—en la «Oda al At-

lántico», por ejemplo—, es tal la visión esplendorosa del asunto que, suprimidas las palabras, siempre maravillosas en Tomás Morales; suprimido el ritmo, siempre sutil y nuevo; suprimidas las imágenes y las ideas, siempre majestuosas y escintilantes como soles, lo que queda, ¡es poesía!

Así vemos y sentimos nosotros a este aeda excepcional, cuya vibración perceptiva de las cosas es tan vasta y tan sonora, que aún puede despojársele de toda manifestación externa, haciendo caso omiso de lo que pudiéramos llamar elementos constitutivos del verso, y siempre quedaría, incólume y magnífico, el poeta.

Pero es que en Tomás Morales hay aún más, infinitamente más que el poeta introspectivo o visionario que forja para sí sólo un mundo ideal: hay también el poeta cantor, el escritor inmenso, a cuyo albedrío son mansos y dóciles todas las formas y todos los sonidos.

La reciedumbre, dentro de la más tenue y suave armonía; la elegancia estilizada y exquisita, envuelta en el clamor heróico y tremante; el galano giro, la frase bella, el donaire sutil, la figura, la gracilidad y la Lovedad sorprendentes, son las característi-

cas del verso escrito de Tomás Morales. Su inspiración todo lo abarcaba y lo expresaba todo, con igual fuerza, con idéntica jugocidad y la misma vida. Pero, sobre todo, el mar—esa fuente infinita de belleza y de emoción—señala la máxima exaltación lírica del poeta.

Al líquido secreto de las olas y a las ignotas maravillas submarinas, ha consagrado Tomás Morales, el gran artífice del verso, las magníficas estrofas de casi toda su juventud. Era como suyo el mar. Venía a él y de él fluía luego, rumoroso, tronitoso o rugiente, y siempre dócil a su albedrío. Al conjuro de su verso, el mar se distiende y enarca, con sinuosas mimoserías de felino; se arrulla o se encabrita, y brilla deshecho en claros diamantes irídeos y estelares.

Su musa era Venus, la máxima diosa; la que nace y emerge de las aguas, diluyendo la sal de su cuerpo en las ondas sonoras; la que les dió ese «largor de caricia y agilidad de juego», y ese desperezo sensual, tan femenino, y ese rumor, y esa perfidia que dijo Shakespeare.

El amor al mar, que tanto se acusa en el poeta, le hizo concebir la estupenda «Oda al Atlántico», que antes hemos citado, y que

basta por sí sola, para entronizar a su autor en la más alta gloria. Gloria esta, que, por otra parte, ya había alcanzado, con sobrada legitimidad, Tomás Morales, desde que vió la luz pública su primer libro: «Poemas de la gloria, del amor y del mar», que admiró tanto como sorprendió a la crítica, por su rotundidad y su riqueza rítmica e ideológica.

Después de ese su primer triunfo, Morales se entregó al ocio como poeta, y se dió al estudio de su carrera médica; y, tras algunos años—otra vez en la isla y entre la dulce apacibilidad de un hogar dichoso—, el magnífico aeda dió a luz su formidable Libro II de «Las Rosas de Hércules», concreción y síntesis maravillosa de toda la fecundia soberana de su genio.

En ese libro figuran páginas de inmortalidad. Tales son la «Oda a las glorias de Don Juan de Austria», «Britania Máxima», la «Balada del Niño Arquero» y las divinas estrofas inspiradas en el tránsito de Rubén Darío.

Con Tomás Morales desapareció uno de los más grandes poetas latinos. Y además se perdió un hombre bueno, un padre amante, un esposo ejemplar. No hacía mucho, el poe-

ta nos refería su vida: «Si la felicidad existe—decíanos, mientras los campos casi yermos de Santa Brígida, pasaban veloces, al correr del automóvil que nos conducía—yo soy feliz, porque ya no aspiro a nada.» ¡Feliz! ¡Y él lo creía, sincera, ingenuamente, acaso cuando ya llevaba dentro el germen letal que había de arrebatarlo a la vida y al amor de los suyos!

DIEGO COSTA IZQUIERDO

Una enfermedad cruenta y larga minó poco a poco y desgarradoramente, aquella naturaleza juvenil y aquella inteligencia poderosa que, en breve tiempo, le colocaron a la cabeza de los hombres notables de Canarias. Ni sus constantes peregrinaciones en busca de la salud, a las grandes urbes extranjeras, ni su misma ciencia, profusa y varia, que tantas vidas arrebató a la muerte, bastaron para salvar la suya, tan preciada y tan precisa.

Y puede decirse que, muriendo, Costa supo buscar, para legarlos luego, nuevos secretos y poderosos medios, con que velar por la salud de sus compatriotas. Porque el infatigable buceador de ese gran secreto de la muerte, aprovechaba cada viaje, cada peregrinación—¡infructuosa, para él!—por las mejores clínicas y los más afamados laboratorios, para traer aquí las últimas palpitaciones de la ciencia médica, los aparatos más

perfeccionados y sorprendentes, con que enriquecer su cultura y dotar su gabinete, hasta completarlo, hoy día, convirtiéndolo en uno de los mejores y más valiosos entre cuantos existen en España.

Su clínica era a manera y reflejo de su personalidad y de su vida. Lo mejor, lo más costoso, aquello que en el mundo moderno, como consecuencia de profundas investigaciones, surgió de la guerra, Costa lo trajo a Tenerife, y con ello luchó por la vida de sus semejantes, triunfando siempre la eficacia y el prestigio de las armas nuevas.

×

Hijo de aquel otro insigne médico, el nunca bien llorado don Diego Costa de Grijalba, este joven doctor era a la vez que un facultativo eminente y un cirujano admirable, un gran corazón, todo generosidad y altruismo. Cuantos, careciendo de la salud o roídos de una fatal dolencia, buscaban el benéfico amparo de su égida, hallaban en él, no sólo el remedio y la cura, sino el amor y la confianza también. Para todos tenía Costa la misericordia de su bondad, junto con la eficacia milagrosa de su austero ministerio. Era

bueno y era sabio; era... éso: lo qué, en el sublime consorcio de ambos nobilísimos conceptos, se llama «un sacerdote».

Tal su personalidad a grandes rasgos compendiada, en lo que al éjercicio de la profesión se refiere. Pero en Costa había más, infinitamente más que un médico ilustre, con todo ser eso lo más grande y lo más noble, si se quiere: había un artista, un orador, un literato, y, en suma, un hombre de una cultura excepcional y de una actividad nerviosa inconmensurable.

De sus conocimientos vastísimos en el mundo de la ciencia, tenemos en esta casa una prueba inapreciable, adquirida, para bien de todos, con ocasión de una interviú con él celebrada, a raíz de la primera invasión epidémica gripal en Tenerife. Las palabras del doctor Costa fueron el resumen, la ejemplaridad y el norte seguro para cuanto se dijo y se escribió por aquel entonces; y sus sabios consejos, hoy se aceptan y practican como lo más virtual y completo que de la ardua y delicada materia se ha escrito.

Como «causateur» científico, ameno y educador, nadie ha olvidado aquella magistral conferencia sobre el Radium, que explicó, ante el asombro de sus oyentes y entre ova-

ciones, desde la tribuna del Ateneo de Tenerife. Y como orador y como artista, aun resuena para todos la elocuencia soberana, la brillantez y la belleza de aquel memorable discurso pronunciado en el Teatro Municipal, cuando actuó de mantenedor en una solemne velada—homenaje a la virtud y al entendimiento—que organizó también el docto Ateneo.

Como operador en las grandes clínicas de París y otras capitales europeas, alcanzó también éxitos envidiables y mereció la consideración y el respeto de cuantas eminencias médico-quirúrgicas tuvo ocasión de tratar en sus frecuentes excursiones científicas, lo mismo cuando las realizaba por puro amor a la ciencia, que cuando las hizo impulsado por el ansia de recobrar la salud perdida al amparo de aquellos hombres eminentes.

Poseedor ya de una larga práctica quirúrgica, en el año de 1919, Costa acudió al Congreso Médico de Madrid, donde quedó a gran altura y llamó poderosamente la atención de sus compañeros, por la riqueza de conocimientos científicos modernos, de que hizo alarde, sustentando novísimas y admirables teorías. Fué entonces presentado por el ilustre doctor Slocker, y mereció el preciado ga-

lardón de ser nombrado profesor honorario del Instituto Rubio, en unión de los eminentes doctores Barraquer, de Barcelona, y Lozano, de Zaragoza, únicos que en el citado Congreso merecieron ese alto honor.

MERCEDES PINTO

La casualidad, que es la más femenina entre las diosas, porque es voluble y casquivana como una mujer y es al propio tiempo encantadora, ha puesto ante mis ojos un álbum que guarda un tesoro.

Es un pequeño álbum que ofrece el mismo vulgar aspecto de todos los que he visto hasta el presente. Sobre el vívido color violeta de la cubierta, triunfa el gentil adorno de unos crisantemos hermanos de las soñadas musmés niponas; un hilo de oro los rodea enmarcándolos en el interior de una figura geométrica y vulgar también. Viéndolo, sin abrirlo, alguien creería que encierra las ansias de cualquier coleccionista de postales o el sueño infantil de quien conserva allí esas inocentes estampillas con que obsequian a sus clientes los fabricantes de cigarrillos de papel.

Pero tras haberlo hojeado y examinado con detenimiento, se advierte pronto que es

algo superior, de un alto precio artístico e íntimo a la vez, lo que allí se encierra. Son renglones cortos, fácilmente rimados y manuscritos con débiles caracteres que acusan un suave pulso de mujer. Son versos femeninos.

Nada hay que ejerza una atracción más poderosa en nuestro espíritu que esa rara condición de mujer emancipada merced a la noble virtud de una inteligencia superior, cultivada sabiamente, plena de sensibilidad y diluída en bellas estrofas en donde se reflejen las múltiples facetas luminosas de un alma de artista.

Por eso fué tan súbita como intensa mi simpatía hacia aquel álbum constelado de ingenuos pensamientos, todos ellos bañados en el cálido aroma de una ternura maternal. Hay allí algo como la presencia subjetiva de un irrefrenable amor. Amor a los niños, a las flores, y a esas cosas sin alma aparente, como las teclas dormidas de un piano.

Yo he sumergido mi espíritu en el perfume de ese álbum, dejándole cual si sobrenadara en un suave vapor de alma. Y he visto en él cómo de improviso, en medio de su adorable disparidad, hiere certera una saeta. Aquella preciosa saeta, sabia y consciencia

te, que nos llega de pronto, cuando más alejados nos hallamos de nuestra carne, clavándose para siempre en una divina flor: el sentimiento.

Son estos versos femeninos como una copa rebotante de mieles sobre un oculto fondo de hiel... (El mismo poema de siempre: sobre la turbia hiel de la vida, el néctar sutil de «los más claros sueños»).

He aquí unos versos de Mercedes Pinto. Son poderosos, fuertes, guardadores de la más amarga y profunda filosofía:

Vedme aquí sentado al borde del camino de la vida,—con la venda de mis ojos a mis plantas aun caída—y la barba sobre el pecho; con nostalgias de morir.—Soy el ciego que la vista ha encontrado de improviso;—las tinieblas se rasgaron porque Dios así lo quiso,—y ahora dudo si esto es muerte y si aquello era el vivir.

... ..
¡Yo soñaba, yo creía!... Mas cayeron los cendales;—por mis ojos en tinieblas penetraron a raudales—los destellos prodigiosos de la vida y de la luz.—Y fué entonces cuando, absorto, ví en los hombres las dobleces,—en las almas las negruras y en los campos arideces—¡y por norte a mis amo-

res ví un sendero y una cruz!—Y en el borde del camino me he sentado tristemente,—recordando los colores con que al mundo allá en mi mente,—con los ojos aún en sombras, adornaba mi sentir.—Y al verlo ahora sin adornos, como carne corrompida—deslizándose su veneno por los bordes de mi herida,—me pregunto si «esto» es muerte y si «aquello» era el vivir.

Y únase a esa recia y gallarda muestra de la lírica de Mercedes Pinto, esta otra suave letanía que la revela como a una mística exquisita:

Entré en la Iglesia, aún desierta y fría;
por el rojizo ventanal del techo
bajaba un rayo de la luz del día
que en el sueño extendíase deshecho,
y manchando las losas de encarnado,
semejaba su luz sobre los suelos
un sangriento geráneo deshojado
y caído en el Templo, de los Cielos.

* *
De rodillas caí junto al Sagrario
y mi frente rozó la losa fría
donde en juego callado y solitario
rondaban rayos de la luz del día.

Así, con tal pureza y tan irrefrenable subjetividad, siente esta admirable poetisa, recorriendo con los versos toda la riquísima gama de su espíritu, sin el menor esfuerzo, naturalmente, como el producto rítmico de un interior sonoro. Ved, por ejemplo, este grito angustioso; grito filial, desgarrante de dolor:

¡No debiste morir!; tú me dejaste
desamparada y sola en esta vida
cuando apenas nacida,
al humano rencor abandonaste
mi alma infantil por la orfandad herida.

.....
¡Padre, padre!, te llamo y no respondes,
y en mis horas de angustia dolorosa,
muy cerca de tu fosa,
grité con loco afán: «¿Dónde te escondes
que no levantas la pesada losa
a pesar de mi llanto y mi agonía?»...

Y por último, admírese esta plena y virtualísima visión de poeta: Del balcón he visto lentas entreabrirse las maderas—dando paso a tenue sombra que se extiende en las vidrieras—y se siente estremecida por insólito temblor;—y su busto se desploma sobre el ní-

tido teclado—que oprimido con violencia por el cuerpo desmayado, —da un sonido discordante, como un grito de dolor. —Del «adagio» de Beethoven se perdieron los sonidos; —se vé un cuerpo sobre el piano con los brazos extendidos—que una lámpara ilumina desde el techo del salón. —Las campanas de las torres dan el toque de Oraciones,—mientras pasan lentamente, cual fantásticas visiones,—blancas ráfagas de bruma por los vidrios del balcón.

En suma, si pudiera fusionarse, por artes del amor y la poesía, el espíritu arrebatado; ultraterreno y visionario de Santa Teresa ié Jesús, con el de la lírica actual, llena de sonoridades hasta ahora desconocidas y cálidos halagos emergidos de la tierra y divinizados por el Arte, se obtendría el producto tangible de lo que es el alma de nuestra poetisa isleña. Una exquisita artista, gallarda prueba de que tan solo con un alto espíritu—sin el tormento de preceptivas y cánones absurdos—se puede sentir profundamente y expresarlo todo revestido con el mago hechizo de una forma bella.

EL DR. ANATAEL CABRERA

Clara y precisa como ninguna, esta silueta, que rechaza todos los diabolismos y escatimoidades de la pluma, es, sin embargo, para mí, la más difícil y la más amable también.

Y es que no sólo la admiración la inspira. Corre parejas con ese culto inconsecuente y tornadizo, la esencia pura de la gratitud y del cariño.

El simple cariño, por muy hondo y noble que sea, lleva casi siempre aparejado un sentimiento de ternura compasiva, de conmiseración o dulce pena, que coloca en un plano inferior al objeto querido; y la admiración, a secas, sobre todo cuando el ajeno mérito la justifica, rara vez deja de entrañar sedimentos de envidia o de odio... Pero cuando se quiere y se admira al mismo tiempo, es que se ha llegado a los límites de la adoración.

Fué en los instantes de suprema angustia, cuando en ese mar de la vida, romántico y alborotado, surgió Caronte, en su nave pirata,

al acecho en la neblina; y el alma humilde se iba, mar adentro, sin saberlo... Cuando en ese inmenso mar sin riberas, el alma pura era como un cisne—esa barca viva y blanca de los sueños!

Iba a morir. Y fué entonces cuando una gigante sombra, benéfica y querida, alzó el prestigio sereno de su contorno, junto al lecho; su audaz silueta de buen piloto en los mares neblinescos y traidores, y sus ojos tranquilos, cargados de misterio, se abrieron, buceando en los horizontes, escrutando en lejanía... «Vamos»—dijo—; y el ánima conturbada se dejó guiar hasta la perdida ribera, hasta la playa luminosa, en un suave retorno de la esperanza hacia la vida.

¡Oh, cómo recuerdo el fantasma zanquilargo y andariego de la muerte—la trágica encargada de rellenar las tumbas y poblar el Espacio—invitándome a partir! Era la muerte, que había perdido su prestigio solemne y grave, para convertirse en daifa buscona por las encrucijadas y los caminos; la muerte, otras veces ceremoniosa y austera, que reía entonces, cínica y beoda con el hartazgo maldito de una epidemia.

Y el alma, la pobre alma humilde, sorprendida y medrosa ante el hórrido fantasma, qui-

so huir, dejando la carne febril y macerada entre sus garras; huir, volar, abriendo su flor sencilla y buena a la luz de los cielos; huir, agitando las divinas alas como un temblor de pétalos; volar, buscando un lecho de nubes y, en ellas, dulcemente dormir, soñar.

Mas fué entonces cuando los ojos doloridos por los insomnios y la fiebre letal, adivinaron, más que vieron, la gigante sombra guardiana, erguirse como un genio familiar y benigno, para ahuyentar con un sólo gesto mudo a la muerte descocada.

¡Amigo, hermano: gracias! Porque tu ciencia introspectiva y profunda supo tornar a la vida los ojos que para siempre se cerraban; gracias, porque tu piedad recóndita y cristiana supo endulzar las horas mortales de agonía; gracias, porque tu espíritu infinito—que «al arcano hizo la auscultación»—prendió en mi alma, al avivar en el cerebro una luz que poco a poco se apagaba, otra lámpara perenne y votiva: la gratitud... Porque me volviste a lo creado, y me salvaste, y quisiste que aún viviera, y amara, y padeciera, gracias, eternamente gracias.

Viéndole ahora, con aquel su paso corto y lento, atravesar las calles de la urbe—la no-

ble Laguna brumosa y quieta, recogida en su austeridad y su silencio—, antójaseme Anatael Cabrera, por la expresión serena, un poco huraña, de su rostro; por el grave reposo de su continente prócer; hasta por su corpulencia misma, la expresión viva y móvil de la ciudad. Ciudad antañona e hidalga, de altas y recias torres, de viejos edificios, de pétreos palacios; ciudad secular y silenciosa en la quietud esfíngea de sus monumentos y sus perspectivas, por cuyos anchos viales, sin embargo, como venas pletóricas de una sangre nueva, circula la savia ardiente de la vida moza, en un anhelo constante de perfecciones, de análisis, de estudios. Ciudad de apariencia muda, fría, muerta, y que es, no obstante, médula y cerebro del archipiélago.

Tal Anatael Cabrera, reservado, silencioso, casi huraño, para quien le juzga por la impresión primera, y un talento vivaz, activo, excepcional; un hierofante de las más ocultas nociones, un perfecto sabio a la moderna— espíritu analítico e impresionable a un tiempo; refinado, cultivado e inquieto, mortalmente inquieto—, para quien logre ahondar en el prodigio vario y copioso de su potente mentalidad.

Filósofo de una amable teoría; artista de

exquisita sensibilidad, de apasionado y viril temperamento; médico ilustre, escudriñador y profundo; escritor castizo y sobrio, de inspiración jugosa y sana; naturalista insigne, clasificador, maestro.

Como médico, sus fórmulas novísimas y absolutamente personales, son asombro y pesadilla para muchos compañeros de profesión; su colección de himenópteros, de muy cerca de 20.000 especies, enriquecida con no pocas descubiertas y clasificadas por él, es sin duda una de las mejores y más valiosas que hoy existen; sus obras de ciencia, el «Catálogo de las Aves del Archipiélago Canario», «Una excursión a los yacimientos prehistóricos de Carmona», «Observaciones sobre el viaje de M. Alluaud a las islas», y sus trabajos múltiples y meritísimos prodigados en casi todas las publicaciones técnicas de Europa y América, le acreditan de autoridad sapientísima, de escritor extraordinario, medular e intenso.

Y esta enormē labor benedictina, este gran trabajo, paciente y callado, doblemente admirable en él que, por su condición de artista nato, ha de abandonar la contemplación armónica del contorno, el hechizo bello y grácil de la línea, para profundizar en los

secretos a veces repugnantes de la Naturaleza y de la vida, la realiza Anatael Cabrera noble y generosamente, día tras día, en un país donde nada de eso interesa, ni se conoce, ni se estima. De ahí que cuando las grandes revistas berlinesas, parisinas o londinenses, enaltecen sus prestigios, reputándole como una autoridad ilustre e indiscutible en el mundo de la ciencia, aquí nos sorprendamos un poco, y luego nos encojamos de hombros sin saber por qué.

Tal Anatael Cabrera, trasunto exacto y vivo de su Laguna, la ciudad amada. En ella es como una de esas firmes torres seculares que elevan la esfera luminosa de su testa entre las nubes—su cerebro esplendente y magnífico—, y desde allí ilumina y regula, con la virtud de un pulso misterioso, las palpitaciones del tiempo y de la vida.

HERACLIO SANCHEZ

Como algo insólito y desconcertante, la voz tornátil—a veces tronitosa y dura; otras, suave y tibia como una caricia sensual—, se esparce en ráfagas de una serena y clásica elocuencia, desde el púlpito, predicando la doctrina terrible del odio. Odio dicaz y tremendo, que vibra en acentos flageladores en labios de un sacerdote ilustre y joven, ídolo hoy de la multitud devota tinerfeña.

La admonición severa, halla sus más tremantes modulaciones en aquella voz juvenil y fuerte, como la de los caudillos de las antiguas revoluciones. Es la voz amplia, llena y magnífica que, al servicio de un talento excepcional, brinda a Heraclio Sánchez—el cura simpático y libre—el secreto mágico de sus triunfos oratorios.

Dijérase una recia condenación de Zola o una encendida diatriba de Voltaire, lo que en el fondo no es más que un espléndido vuelo teológico de Jacobo Benigno.

«Odiad, exclama; odiad, con odio aún mayor que el que Satanás tiene a Dios y tiene a los hombres; odiad a vuestros padres, a vuestras madres, a vuestros hijos y a vuestras esposas... Y esto que os digo, que parece una contradicción enorme, es una armonía secreta, profunda...»

Como una corriente calcinadora, las palabras de exaltación del odio se adentran en los corazones religiosos, llevándoles la inquietud y el horror. Hasta la masa profana y curiosa, se estremece y vibra bajo el temblor sonoro de aquellas palabras que parecen pugnar, estrechas, en la opresión de los muros y las bóvedas. Y algo, como un incienso intangible y trágico, como un negro incienso rebelde, se entremezcla y confunde con el otro incienso ritual, de espirales lentas y armoniosas.

Tras la silueta fibrosa y ágil del sacerdote, Mefistófeles, cínico y risueño, danza complacido.

Y en tanto la voz anatematizadora y grave va dejando un sedimento amargo y triste en el alma cristiana, Heraclio Sánchez, con esa su flúida presteza mental, con esa inaudita agilidad tribunicia de que blasona, desarrolla la más atrevida y bella paradoja de

su oración... «Todo aquel que no odie por mí, ese no será digno de llamarse mi discípulo».

Es el odio al pecado, que nos atrae con su voz enigmática de sirena; es el odio al mal, que nos seduce con su espejuelo cambiante y luminoso, es la piedad, es la mansedumbre hechas fortaleza heroica, para rechazar todas las inícuas acometidas salaces y todas las ruines inclinaciones espirituales. Es más. Es odio santo a la idea proterva, cuando se engendra y anida en el corazón de nuestros padres; es odio santo cuando la idea nos conduce a una débil condescendencia para los hijos, o nos arrastra a un complaciente abandono de nosotros mismos. No es la atrición, por terror a los tormentos infernales; es la firme voluntad de no incidir, por nuestra propia condición de mansos y de buenos.

Heraclio Sanchez ha dicho hoy lo mismo que, un día tras otro, hemos escuchado a todos los sacerdotes en el púlpito; ha repetido las palabras serenas, unguadas de la divinidad, tantas veces balbuceadas en los rezos; tantas veces vejadas, y exaltadas tantas veces, cuanto la humanidad menos las comprende. Pero lo ha hecho en forma gallarda y nueva; sembrando primero la emoción, buscando en ellas la belleza, instituyendo siempre en la cátedra

sagrada, algo que tiene en la tierra los prestigios de un Dios en los cielos: el Arte.

Y por gracia de esta condición de belleza que informa la admonición de su doctrina, Heraclio Sánchez es hoy el primero de nuestros oradores eclesiásticos. Y como tal artista pleno, pasional y ardiente, es desigual a veces, impetuoso, valeroso, y presa de una impaciencia atormentadora de la palabra y del concepto. Los arrebatos desbordantes de elocuencia (cuando la fiebre creadora traspasa los límites de la forma y aún los de la conveniencia misma). Heraclio Sánchez los recoge y envuelve luego en la gracia de una parábola bella y hábil, y arrulla las palabras en un dulce halago tranquilizador...

Y, sin tregua otra vez se lanza en un vuelo caudal de águila, y sube, sube, remontando las naves y las torres, hasta perderse la vista del púlpito y de los fieles y de los altares... Es, ante todo y sobre todo, un temperamento febril, ardoroso, audaz, magnífico; es, como ya hemos dicho, un artista.

GONZALEZ DIAZ

Considerando la obra y recordando la especial idiosincracia del hombre superior que tan peregrinas cosas crea, me he preguntado una y otra vez: ¿Cómo este magnífico hacedor de la belleza escrita, mago evocador de todas las bellezas, vive la vida suya en el perpetuo tormento de una pertinaz y persecutoria manía (que piadosos amigos se encargan de exacerbar con truculentas visiones), o se paga, como el más cándido e ingenuo colegial, de ese inodoro y vacío incienso en los corrinchos del café?

¿Es, acaso, el eterno niño que acompaña hasta la muerte la personalidad desconocida de los artistas, y que mientras a otros les hace acometer y decir las más graciosas locuras, en este hombre se ha tornado llorón y taciturno, y le muerde las entrañas cuando juega?...

Y es lo triste que en este país de las grandes injusticias y las dolorosas incomprensiones, la personalidad gigantesca de González

Díaz, cōmo escritor, se esfuma y se borra a los ojos del vulgo, ante esa menguada apariencia que él ha querido imponerse para andar por la vida... Es lo triste, y él lo sabe, y él lo llora, y no lo remedia...

González Díaz debiera ser un solitario, como él dice que lo es. A distancia, como las luces, crecería, irradiaría.

×

El árbol—del que él fué apóstol y es padre en estas islas—es, sin embargo, el símbolo de su vida. Como el árbol, es fecundo y fuerte; tiene, como el árbol, la virtud de tender hacia todas partes los brazos llenos de amor y de frutos, y, como el árbol, lleva en el alma algo que es eterno verdor primaveral. Y las raíces hondas que su obra ha logrado extender por las entrañas de esta tierra, son tan recias y de una fijeza tal, que no bastarán ni la sequía de la indiferencia ni el hacha de la envidia para derribar el árbol grande, el árbol fuerte, siempre verde, siempre lleno de armonías de pájaros cantores y de blando susurrar de ramas frescas... A despecho de todo, seguirá erguido, triunfando y perdonando, mientras caen sus hojas.

¡Sus hojas! Esta ha sido y es la única labor del maestro: hojas. Son hojas verdes, limpias, que se han ido desprendiendo de su pluma misteriosamente, al impulso desconocido de algo que se da porque sobra dentro, mientras hay fuera algo que también lo pide... Así en otoño, los árboles dan la suya al viento que la reclama, para arrastrarla luego por los caminos entre guijarros y basuras; ¡como arrastra el vulgo las otras hojas escritas, sin saber que encierran también un poema!

González Díaz es un melancólico, un triste. El lo ha querido. Y es un místico por eso, y ama al Cristo del Gólgota, y lo ve en su apoteosis como el vértice divino de un gran cono de luz que se extiende sobre la humanidad, iluminando todos sus horrores...

• Crea el maestro que sus hojas, aquellas que misteriosamente ha ido dando al viento su pluma, no se arrastrarán, como otras, secas y olvidadas, por las heladas del indiferentismo. Las suyas son un ramillete fresco y magnífico, lleno de verdad y de savia vivificadora, que no morirá ni a los embates del invierno.